

POSITIVAMENTE

Rafael González Jiménez

Uno de estos días me comentaba un amigo: “Los que lean esas cosas que publicas de vez en cuando en los periódicos, si es que alguien las lee, deben pensar que eres un viejo cascarrabias que siempre parece estar buscando algún tema polémico con el que chingar un poco... Y tú no eres así para los que te conocemos de cerca”. Pensé que llevaba razón. Viejo sí, cada día lo voy siendo un poco más (y ojalá que ello me llevara a ser, también cada día, un poco más sabio). Cascarrabias no tanto, o al menos no me tengo por tal, ni quisiera serlo. Le dije a mi amigo aquello de Gramsci: “ya lo sabes, intento cultivar el pesimismo de la razón..., pero también el optimismo de la voluntad”. Vamos, que la razón, intentando escudriñar lo más objetivamente posible la realidad, me dice que por donde vamos no vamos bien; pero enseguida la voluntad me pide hacer algo para cambiar, aunque sea mínimamente, la marcha de las cosas. Lo que pasa, claro está, es que ese “por donde vamos” y ese “a donde deberíamos ir” no lo vemos todos de la misma manera. Y yo, ¡tonto de mí!, me impaciento y me sublevo por ello, sin caer en la cuenta de que ése es, precisamente, el meollo de la cuestión: que no todos miramos la realidad desde el mismo sitio y con los mismos ojos; que no todos percibimos un mismo destino capaz de satisfacer las expectativas de cada cual. En definitiva, que necesito (que necesitamos) mayores dosis de comprensión, tolerancia, humildad y paciencia...; valores de los que, posiblemente, no andamos muy sobrados en este inicio del nuevo siglo.

Pero, ¡vaya!, dejemos por una vez el pesimismo de la razón y busquemos la razón del optimismo. La principal, para mí, es la propia VIDA, que se empeña en perseverar, aunque intentemos tantas veces dinamitarla desde distintos frentes. En muchas ocasiones he procurado en clase que mis alumnos reflexionaran y se hicieran conscientes de cuántas casualidades y pequeños éxitos encadenados a través de una larguísima “línea de

la vida” -sinuosa, persistente y siempre amenazada- han hecho posible la existencia de cada uno de nosotros en este lugar y en este momento histórico concreto. ¿No es un auténtico milagro, tanto si creemos que hay “algo” o “alguien” manejando ese proceso, dirigiendo o tirando de esa línea mágica, como si pensamos que es simplemente el azar, el destino o el caos quien lo hace? Me da igual -y que me perdonen



los creyentes- a quién o a qué atribuyamos nuestra existencia y si ésta tendrá o no proyección y destino más allá de la actual vida terrena. Me temo que nunca podré saber eso con certeza (ni creo que pueda saberlo nadie). Por lo tanto renuncio a “comerme el coco”, o a buscar esa seguridad de lo para mí radicalmente inseguro, asumiendo mi condición de ser contingente y casual que ha tenido la enorme suerte de participar en esta emocionante aventura de la existencia, que se pregunta qué puede hacer con su porción de vida, por muy temporal e intrascendente que sea, y que intenta encontrar algunas respuestas que le sirvan para dignificar su condición humana. Sin atribuirme en modo alguno ninguna verdad absoluta, ningún descubrimiento trascendental, me atrevo humildemente a compartir esas pequeñas respuestas.